

es de maravillarse que el Príncipe de los Apóstoles haga comprender á todos los cristianos, en cuanto participan del sacerdocio ofreciendo el Sacrificio de alabanza, su altísima dignidad, diciéndoles: *Vosotros sois el linaje escogido, el sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisición, para que publicuéis las grandezas de Aquel que de las tinieblas os llamó á su maravillosa luz* (1).

Y si de estas afirmaciones de las sagradas Escrituras descendemos á las que hacen los Santos Padres, encontraremos argumentos copiosísimos en elogio de la dignidad sacerdotal. Unos la consideran superior á todo encarecimiento, con cierta infinidad, semejante á la de Jesucristo (2); otros la subliman sobre todas las dignidades humanas; más que la de los príncipes, reyes y emperadores; más que la de los ángeles y arcángeles; mayor que la de los más encumbrados serafines... ¡Oh sacerdotes!—dicen:—si consideráis la grandeza de los reyes, sois más grandes; si la potestad de los emperadores, es mayor la vuestra; sólo hay un poder que os supere; el poder inmenso de Dios; y aun eso, Dios mismo se complace en obedeceros (3).» ¡Habla el sacerdote en la tierra, y Dios desciende del cielo! ¡Juzga el siervo como juez divino, y el Juez divino confirma la sentencia como siervo!—¿Qué es esto?—Es el portentoso del Señor. Es un sacerdote ejerciendo cierto dominio sobre el mismo Dios.

**13.** Por tanto—dice nuestro *Kempis*—el sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes, y ha de dar á los otros ejemplo de buena vida. Su porte no ha de ser como el de los hombres comunes, sino como el de los ángeles del cielo, ó el de los varones perfectos en la tierra (Lib. IV, cap. V, n. 2). Mas ¿cómo podrá ser esto siendo hombres terrenos?—Claramente lo enseña la Teología: con la gracia del Sacramento del Orden.

**14.** Siempre que un ordenando se aproxima al altar para ser elevado al sacerdocio, es preciso que lleve su alma hermojeada con la gracia santificante; mas Jesucristo, Sacerdote eterno, no queda satisfecho con eso, sino que deseando ver á sus sacerdotes repletos de santidad, les acrecienta aquella gracia con su misma ordenación; y además les confiere una segunda *gracia sacramental*,

(1) Vos autem genus electum, regale sacerdotium, gens sancta, populus acquisitionis; ut virtutes anuntietis ejus, qui de tenebris vos vocavit in admirabilem lumen suum. (I Petr., II, 9.)

(2) S. Efrén.: *De Sacerdocio*, serm. 1.—S. Ambros.: *De dignit. sacerdot.*, c. II, dist. 36.—S. Dionisio: *De Celest. hier.*, cap. III.

(3) Inocenc. III, Sermon in consecrat. Pontif.—S. Dionisio: *De Coelest. hierarch.*, capítulo III.

ó sea cierto derecho á recibir los auxilios actuales y sobrenaturales, siempre que ejerzan sus funciones sagradas. Y ciertamente los reciben tan copiosos y oportunos, que pasan las ilustraciones de su inteligencia y las mociones santas de su voluntad. Sobre todo, queriendo su divina Majestad poner un como sello celestial á la altísima dignidad con que los ha enriquecido, imprime en sus almas, por medio del Sacramento, un carácter sagrado indeleble y eterno, colmando al mismo tiempo tan inefables dones con la infusión real y verdadera del Espíritu Santo, para que sean, no ya hombres, sino superiores á los hombres y como dioses terrenos (1).

**15.** Quiere esto decir que el carácter sagrado hace del sacerdote un ser más celestial que terrestre, separado del resto de los hombres por la sublimidad de sus funciones y por el llamamiento directo de Dios.

Un ser enteramente consagrado á Dios, hecho pertenencia exclusiva suya, y que en la tierra sólo tiene por misión especial alabar á Dios, adorarle, hacerle conocer entre las gentes, defender sus derechos, glorificar su nombre, y hacer que todos acaten y obedezcan sumisos su santa y divina ley.

Un ser cuya existencia tiene por objeto renovar perpetuamente la ofrenda del Sacrificio que ha salvado al mundo, y que le conserva y conservará siempre en la paz del Señor.

Un ser en quien el Señor de cielos y tierra ha infundido tal gracia y tal poder de *impetración*, de *intercesión* y de *mediación*, que aun las personas más elevadas y más llenas de los dones divinos pueden todavía recibir *algún bien* del valimiento del humilde sacerdote para con Dios. He aquí por qué el cristiano, sea el que quiera, aun el que se halle revestido de la dignidad episcopal, se encomienda á sus oraciones, y el Obispo que le ordena le dice: *Ruega por mí*.

Un ser de tal manera sublimado por la sagrada ordenación, que todo cuanto se refiere al estado sacerdotal y al ejercicio de su altísimo ministerio, es en algún modo divino. Divinos son sus pensamientos, sus deseos y el amor que arde en su corazón; divinos son los actos sacerdotales que realiza, porque aun cuando él vive, no es él que vive, sino que es Dios quien vive en él y quien obra por él; divinos son los efectos que producen sus obras, pues-

(1) ¡Oh sacerdote! dijo el Apóstol: «Noli negligere gratiam, quae in te est, quae data est tibi cum impositione manuum presbyteri.» (I Tim., IV.)—Si quis dixerit per sacram ordinationem non dari Spiritum Sanctum... aut per eam non imprimi characterem, anathema sit. (Trident., sess. 23, can. 4.)

to que por ellas las almas son santificadas, Dios glorificado y el mundo bendecido.

Un ser que cuando levanta la mano para bendecir ó para consagrar, produce un inmenso estremecimiento de *gozo*; ya *sobre la tierra*, á la que lleva la paz, el perdón y el regocijo; ya *en el cielo*, donde se aumenta la gloria accidental de Dios; ya *en el purgatorio*, cuyas ánimas sienten alivio y consuelo sobre toda ponderación grande.

Un ser que no se pertenece ya á sí mismo, sino que es propiedad de todos los hombres por Dios, y que tiene por misión especial iluminar las inteligencias para hacerles conocer la verdad; ser el dispensador de la vida divina, otorgando, en nombre del Altísimo, el perdón y la gracia; ser el mediador entre Dios y los hombres, participando él á la vez del cielo y de la tierra; ser el guía de las almas, conduciéndolas á través de las dificultades y escollos de la vida, á la eterna paz de los cielos; ser víctima sagrada ofrecida en sacrificio, no sólo por la salud eterna de sus semejantes, sino hasta por el bien material de todos.

Un ser, finalmente, á quien sirven los ángeles, ante quien tiemblan los demonios, á quien veneran los buenos cristianos, á quien odian los impíos, y á quien jamás se podrá extirpar de la haz de la tierra, porque es el ángel del Señor, puesto por El para la salvación del mundo, sin que las puertas del infierno puedan nunca prevalecer contra él.

Esto es un sacerdote, un ser que el mundo entero mira, en cierto modo, como su salvador, que el cielo admira como el príncipe que le conquista sus elegidos, y que en la Iglesia católica es considerado como otro Cristo, puesto por Dios para la salvación del linaje humano. Consideremos las principales relaciones de semejanza entre Jesucristo y el sacerdote católico.

**16.** Jesucristo, conociendo la voluntad de su Eterno Padre, y llamado por El al sacerdocio, dijo: *He aquí que vengo ¡oh Dios! para hacer tu voluntad*; y Dios aceptó el sacrificio. El sacerdote también es llamado por Dios al estado sacerdotal, y *ninguno*—dijo San Pablo—*ha de tomar para sí esta honra, sino el que sea llamado de Dios como Aarón.* (Hebr., V, 4.)

Jesucristo, juntamente con ser Dios, es verdadero hombre como nosotros, pero muy distinto en santidad, para darnos ejemplo; el sacerdote, *elegido entre millares de hombres* (Hebr., V, 1), debe resplandecer en virtudes excelsas, superiores á los demás hombres, para servir de modelo de imitación.

Jesucristo es el Cordero sin mancha, Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; el sacerdote quiere el Señor que sea manso como cordero y puro como Cristo, para borrar los pecados del universo. (I Petr., I, 19.)

Jesucristo es el *Hombre Dios*, obrando en la tierra como Dios; el sacerdote es el *hombre de Dios, la heredad de Dios, el consagrado por Dios*, obrando siempre como *ministro de Dios*; perdonando los pecados *como Dios*, y consagrando el cuerpo de Jesucristo, que el llama *su cuerpo*.

Jesucristo recibió la unción sagrada, por la cual mereció el nombre de *Cristo*; el sacerdote también es ungido con el óleo santo, y es llamado *Cristo* en las divinas Escrituras.

Jesucristo se inmoló á sí mismo por la salvación del mundo; el sacerdote ofrece diariamente el Sacrificio del Cordero de Dios cargado con los pecados del mundo, y El mismo, por la continencia y por las súplicas, se asocia á dicha inmolación.

Jesucristo fué constituido por su Eterno Padre, *Maestro y Juez supremo* de todos los hombres; el sacerdote de semejante manera posee el derecho de enseñar, de gobernar y de administrar los Sacramentos como juez de las conciencias. Jesucristo, en suma, Hombre y Dios juntamente, y tal como el mundo cristiano le reconoce y le adora, es representado y significado por el sacerdote católico, que hace sus veces y obra en su nombre, y con su misma autoridad como otro Cristo. (*Auteur des Pailletes d'Or.*)

**17.** He aquí, en breve sumario, delineadas la dignidad y santidad sacerdotal, en conformidad con aquellas palabras de San Pablo: *Todo sacerdote, tomado de entre los hombres, es puesto en favor de los mismos hombres, en las cosas que tocan á Dios.* (Hebr., V, 1.) Palabras que comenta el Cardenal Hugo diciendo: «Si el sacerdote es elegido de entre los hombres, ha de ser en *santidad superior* á los demás hombres; que por eso, cuando pone el primer pie en la casa de Dios para ser ordenado, se recita el salmo XXIII, de David, donde el Santo pregunta: *¿Quién subirá al monte del Señor? ¿ó quién estará en su lugar santo?* Y á continuación da la respuesta, diciendo: *El inocente de manos y corazón limpio.*

¿Por qué causa, pregunta el mismo Cardenal, exige Dios en los sacerdotes tanta inocencia y tanta pureza?—Y responde: Porque es mandato de Dios, puesto que El mismo les ha dicho: *Seréis para mí santos, porque yo el Señor soy Santo* (1). Esta es la razón

(1) Eritis mihi sancti, quia sanctus sum ego Dominus. (Levit., XX, 26.)

por qué cuando el Obispo impone á los clérigos el ornamento sagrado pronuncia al mismo tiempo estas palabras: *Revistate el Señor del hombre nuevo, que fué creado según Dios en justicia y santidad de verdad.*

*Tal convenia (y conviene)—dijo San Pablo—que fuese el sacerdote, santo, inocente, puro, segregado de los pecadores y más excelso que los cielos. (Hebr., VII, 26.)*

## CAPÍTULO XXIX

### Beneficios del sacerdocio en todo el linaje humano.

#### 1. Vocación al sacerdocio.—2. Lo que Dios exige de los sacerdotes.

Esta palabra divina, salida de los labios adorables de Jesucristo, que *El ha elegido á sus sacerdotes y los ha puesto en su Iglesia para que cuiden de los fieles y lleven frutos de santificación, y que estos frutos permanezcan*, basándolo todo en el amor. *Esto os mando—dijo—que os améis los unos á los otros* (1). ¡Qué providencia tan amorosa muestra Jesús en la institución del sacerdocio! ¡Qué dilección tan tierna para el pueblo fiel!

Dirigese primero á los sacerdotes, y porque ninguno se ensorberza al verse tan encumbrado, les dice: «¡Oh sacerdotes míos! No han sido vuestros méritos ni vuestras diligencias las que principalmente os han elevado á la dignidad sacerdotal, sino mi bondad y mi gracia, con las cuales os he prevenido y escogido entre millares para sublimaros y ponerlos en mi Iglesia como lámparas resplandecientes; porque quiero que iluminéis al mundo con vuestras virtudes, con vuestra enseñanza, con la predicación de mi Evangelio, con vuestro ejemplo; porque quiero que crezcáis en santidad, que santifiquéis á los demás, y que esta santificación, fruto de vuestras fatigas, ayudados de mi gracia, sea permanente en mi pueblo fiel. Todo lo cual se os hará fácil y suave con el amor. *Esto es lo que os mando: que os améis los unos á los otros.*

2. De esta manera habla el corazón de Jesús al corazón del sacerdote, y nadie osará negar que es *un precepto riguroso*; mas porque alguno pudiera descuidarse en su cumplimiento, levanta la voz el Apóstol de las gentes y repite el encargo de Jesucristo, diciendo: *De tal suerte (¡oh sacerdotes!) ha de lucir vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras obras buenas, y sea glorificado*

(1) Non vos me elegistis, sed ego elegi vos, et posui vos, ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat... Haec mando vobis, ut diligatis invicem. (Joannes, XV, 16.)